

VIVIR EN LA UNICA TRADICION

Una contribución ortodoxa a la cuestión de la unidad ¹

I

La Comisión Fe y Constitución, en la esperanza de articular más la visión y meta comunes del movimiento ecuménico, decidió en su último encuentro emprender un estudio titulado «Conceptos de unidad y modelos de unión». Con esto se proyecta examinar, comparar y evaluar los conceptos actuales y los modelos que las diferentes Iglesias afirman en la práctica.

Antes de la reunión de Salamanca sobre este tema, se dio la oportunidad a un grupo de teólogos ortodoxos, en un encuentro de dos días en Ginebra, de considerar lo que en nuestra tradición podría contribuir al estudio del tema. En primer lugar, se dio una calurosa acogida a la iniciativa de tratar este problema. «La Unidad de la Iglesia es la empresa central del movimiento ecuménico. La Ortodoxia sólo puede dar la bienvenida al hecho de que se haga un nuevo esfuerzo... Espera que el tema será principal en la agenda de la Quinta Asamblea del Consejo Ecu-ménico» ².

La mayor parte del tiempo se consumió trabajando sobre una formulación del concepto ortodoxo de unidad. El esquema de

1. El Reverendo Prof. Ion Bria, de la Iglesia Ortodoxa Rumana, es miembro de la Comisión del Consejo Ecuménico para la Misión y Evangelización en el Mundo. Este artículo es una versión revisada y aumentada de una comunicación a la reunión consultiva de Salamanca.

2. Esta y las siguientes citas son del informe del encuentro mencionado antes, publicadas en *Minutes of Faith and Order Working Committee*, Zagorsk 1973, Ginebra (Consejo Ecuménico de las Iglesias) 1973, pp. 46-9

trabajo sobre la cuestión había implícitamente clasificado a la Ortodoxia en la categoría de aquellos que insistían en una «unión orgánica». Es cierto, pero sentíamos que una frase así necesitaba una importante interpretación y precisión. Nosotros llegamos a lo siguiente:

«La Unidad está preservada por la Santa Tradición (T) viva en la Iglesia desde el principio. La fe, esperanza y amor de la comunidad apostólica se hace realidad y se perpetúa en la historia de la Iglesia por el poder del Espíritu Santo. Por esta Tradición viva, que es la forma tomada por la economía de Cristo a través del Espíritu para la salvación del mundo, es por lo que la Iglesia es *una*.

El testimonio que porta la Iglesia es el mismo que el de la primera comunidad apostólica y encuentra una suprema expresión en la Liturgia. La Iglesia posee un ministerio que continúa el ministerio apostólico, y la totalidad de su vida está constantemente referido a la experiencia de los Santos de todas las épocas.

La oración por la presencia del Espíritu en la celebración de la Eucaristía es una expresión de la seguridad con que Dios continuamente renueva la comunidad en una continuidad histórica. Los cristianos divididos pueden, por lo tanto, redescubrir su plena comunión en el único cuerpo de Cristo cuando sean llevados a redescubrirse mutuamente en esta Tradición viva».

Cuatro puntos deben ser especialmente realizados para el siguiente debate.

a) *La identificación de la única e indivisa Iglesia en su realidad sacramental e histórica.*

En todo debate ecuménico, los ortodoxos «subrayarán el Don de Dios, la unidad ontológica e indivisible del cuerpo de Cristo, realizada y preservada en la historia. Ellos creen que esta unidad ha existido continuamente y sin interrupción en la Iglesia Ortodoxa, en su doctrina, en sus sacramentos y en su orden esencial, aún si sus miembros, ya como individuos, o como comunidad histórica hayan fracasado en la realización y manifestación de las

implicaciones de este don divino». Naturalmente nos damos cuenta de que otras Iglesias «encontrarán dificultad en aceptar esta pretensión». Aquí tenemos la esencia del dilema ecuménico.

Al menos necesitamos acuerdo sobre la «metodología de trabajo, que dé crédito pleno a todas las posiciones y sugiera a todos las preguntas adecuadas para ser respondidas mutuamente». Para nosotros *ortodoxos*, la búsqueda común de unidad está condenada a ser un esfuerzo interminable y desesperante, si todos los comprometidos no llegamos a convencernos que la Iglesia indivisa ha existido en el pasado y existe todavía hoy, una comunidad con una fe y vida sacramental común, que nos liga a la primera comunidad apostólica de cristianos. Poniéndonos en una posición extrema, nunca los *ortodoxos* aceptarán la proposición: «La Iglesia no puede existir nunca en la historia como una Iglesia, sino solamente como una multiplicidad de confesiones diferentes».

b) *El estatuto eclesial de los Cristianos e Iglesias no-ortodoxas.*

La simplicidad de la pretensión ortodoxa conduce a otros a preguntar: «¿Cuál es la relación entre la unidad que vosotros testimoniáis y la vida de las otras Iglesias? ¿Cuál es su relación con la comunidad de amor de los otros cristianos dentro de la que vosotros entrasteis?». Para ser capaz de responder a esto habría que haber encontrado algunos criterios permanentes y visibles de comunidad en la única Iglesia de Cristo, en la misma comunión de fe apostólica. De hecho, la Ortodoxia no tiene ninguna definición eclesiológica precisa de otras Iglesias; preferimos evitar el ser apremiados por respuestas *apriorísticas* «no porque seamos indiferentes a los temas doctrinales, sino porque nos damos cuenta de que las consecuencias para la salvación de la herejía o del cisma deben ser dejadas al juicio de Dios». Nos es muy duro penetrar en el misterio de la *oikonomia* del Espíritu Santo respecto de la vida de aquellos cristianos, que están fuera de los límites canónicos de la Ortodoxia.

Lo importante para nosotros es portar el testimonio positivo de la Verdad, de la cual nosotros hemos sido constituidos responsables. Dependiendo de lo que nosotros estamos hablando se presentan varios tipos de preguntas. De cara a los *Protestantes* generalmente nos preguntamos qué clase de unidad e identidad ontológica puede manifestarse sin un criterio permanente de unidad, considerando la infinidad de variantes, aún contradictorias,

en el credo y estructuras de la Iglesia, resultados de cambios históricos.

Esto no significa, con todo, que rehusemos incluso el considerar la posibilidad de algún tipo de reconocimiento mutuo con Iglesias no ortodoxas. Lo esencial para nuestro caso no es sino un entendimiento apropiado y total de los límites canónicos de la Ortodoxia.

c) *La distinción entre diversidad legítima y división pecaminosa.*

Para los *Ortodoxos*, unidad significa unidad en la verdad. Para nosotros no es un principio opresor; cierto que nadie identifica la totalidad de la verdad con fórmulas verbales concretas. La catolicidad de la fe cristiana, completamente esencial de la unidad, implica una amplia gama de auténtica diversidad en las expresiones de la verdad. Pero tal diversidad no puede ser identificada sin más con aquellas diferencias contradictorias en la doctrina y aquellas deliberadas brechas en la comunión que han levantado la desunión y que aún se dan entre los cristianos de hoy como realidad doloroso y demasiado clara.

Aún menos podemos seguir la sugerencia, ocasionalmente oída hoy en día, de que hay alguna correspondencia entre los plurales acercamientos a algunas cuestiones por parte de los escritores del Nuevo Testamento y las divisiones estructurales y doctrinales en las Iglesias. Esto suena, ni más ni menos, que a una autojustificación. Aún si los autores bíblicos, con sus formas de pensamiento particular y al margen de las concretas controversias en que pensaban, escribieron con notables diferencias, esto no puede convertirse en una razón autoritativa, dado que la Iglesia ha adoptado el canon como un todo.

Al mismo tiempo aceptamos que «es preciso determinar lo que realmente pertenece a la esencia inmutable de la vida de la Iglesia, y distinguirlo de las formas cambiables», sujetas a circunstancias históricas. Por ejemplo, si hay una continuidad (sucesión) necesaria en el oficio episcopal, ¿cómo legitimar los cambios habidos en el ejercicio de este oficio entre los siglos segundo, cuarto y veinte? Este es el tipo de problemas que planteamos y en los que debemos trabajar nosotros mismos y con los demás.

d) *Presupuestos para un Concilio: la unidad y la catolicidad de la Iglesia.*

En este nuevo estudio, como en muchos otros contenidos desde la Asamblea de Upsala, se habla de «comunidad conciliar» y de la posibilidad de que el movimiento ecuménico pueda ayudar también a las Iglesias en el entendimiento mutuo que hará eventualmente posible la convocación de «un genuino Concilio universal». Ninguna objeción hasta aquí. Pero quede claro que «los ortodoxos creen que un Concilio presupone y expresa la unidad y catolicidad de la Iglesia. Un Concilio sólo puede darse, si todos sus miembros se reconocen mutuamente de manera plena como pertenecientes a la misma Iglesia de Cristo, guiada por el mismo Espíritu. Un Concilio es una asamblea representativa de las Iglesias locales, poseyendo cada una en unidad con las otras la plenitud de la catolicidad, testimoniando la misma verdad, tendiendo a mantener la unidad cuando es amenazada y admitiendo cuando sea necesario que alguna no pertenece a la *koinonia* de la Iglesia».

Así pues, para nosotros «el movimiento ecuménico sería un esfuerzo para hacer posible un Concilio (de los cristianos todavía ahora divididos) y como un servicio al proceso preconiliar entero que permita un acercamiento hacia el mutuo reconocimiento así como el reconocer también el dolor de las diferencias que persisten».

II. PROMESA Y LIMITES DE UN ACERCAMIENTO HISTORICO

Hasta aquí el encuentro preliminar ortodoxo. La siguiente reunión en Salamanca, como puede verse en su informe, adoptó un acercamiento más histórico que estático. La unidad se ve como una realidad dinámica; la Iglesia misma, en la línea de Upsala, es entendida como un signo de la unidad que Dios quiere para la creación como un todo. Esto, naturalmente, no compromete al Consejo Ecuménico Mundial como tal; según la declaración de Toronto de 1950 el Consejo no tiene como oficio el adoptar o promocionar nada normativo respecto de la unidad, pero puede proporcionar ocasiones para la exploración y articu-

lación de diversos aproximamientos a la cuestión³. Aún con todo el énfasis de Salamanca sobre la naturaleza dinámica de la unidad es una contribución valiosa. Llama a las Iglesias no sólo a realizar la mayoría de sus lazos confesionales tradicionales, sino también a aventurarse más allá de ellos hacia relaciones más amplias y hacia estructuras que puedan darles una expresión creciente y apropiada.

Aún haciendo ésto la reunión de Salamanca puede dar la impresión de que aquellos que actualmente están comprometidos en el debate ecuménico acerca de la unidad están obsesionados por la necesidad de encontrar —casi a toda costa— una nueva terminología para el debate, y una terminología que parte del hecho de que los conceptos tradicionales están puestos en cuestión por los cambios en la situación contemporánea. Como resultado, uno de los presupuestos básicos de la discusión fue que no se puede fijar por adelantado ningún criterio para establecer la unidad; cada nueva situación produce algún nuevo entendimiento de la unidad, entendimiento que produce nuevas formas de realizarla. Ahora, sin duda, cada generación tiene la tarea ineludible de expresar el concepto de unidad apropiado al momento histórico y así dar siempre una nueva expresión a la unidad de la Iglesia. No dudo que la Iglesia vive y conserva su unidad cuando comunica la fe a cada nueva situación histórica, no que los cristianos estén llamados a enfrentarse con su desunión y a vencerla dentro de los contornos precisos de su situación particular. Pero el imperativo de unidad no es un tema de terminología; se hace con personas vivas y con sus relaciones. De nuevo, decir que la unidad ha de ser vista de modo nuevo en cada situación no debe llevarnos a ignorar o negar la realidad ontológica de la Iglesia en su unidad no rota a lo largo de los cambios históricos. ¿Puede ser legítimo el buscar la restauración de la unidad únicamente en unos términos de historia y de sus exigencias, dejando totalmente fuera la realidad de la existencia en el pasado de una Iglesia indivisa?

En la discusión sobre *Los conceptos de unidad y modelos de unión* se sugirió que las negociaciones para la unión deberían verse como un signo de que en cada situación histórica diferente se puede fundar una nueva clase de unidad. Ciertamente, dadas las variadísimas concepciones de unidad en las diversas iglesias

3. Véase VISCHER, L., *Textos y Documentos de la Comisión Fe y Constitución (1910-1968)*, Madrid (ed. BAC) 1972, pp. 253 ss.

habrá todo tipo de caminos a experimentar que pueden ser imaginados para ir conduciendo a la unidad. Un ejemplo importante ha sido el camino que han acordado seguir recientemente algunas Iglesias de Occidente respecto a la práctica de la *hospitalidad eucarística*, comunión provisional en los sacramentos, y esto antes de haber alcanzado un pleno y permanente consensus de fe. Sin embargo, ¿qué clase de unidad se da cuando unas Iglesias acuerdan participar en la vida sacramental mientras conservan sus doctrinas propias, distintas y contradictorias? ¿No es más bien un signo de indiferencia y relativismo doctrinal? Este ecumenismo provisional y experimental únicamente parecerá normal cuando las Iglesias estén primariamente dispuestas a buscar, en el contexto de hoy, el testimoniar en unión la única Tradición y sólo secundariamente el ser fieles a aquella Tradición como tal Tradición. Aunque nosotros podemos tener alguna simpatía por esto, dadas las circunstancias de Occidente, como *Ortodoxos* sólo podemos oponernos a la práctica de la intercomunión ocasional. Para nosotros esto puede destrozar la verdadera realidad de la Iglesia como una comunión en la fe.

El amplio horizonte del Espíritu Santo.

Todo el énfasis en la literatura reciente ortodoxa sobre la Iglesia subraya el significado del entendimiento de la unidad de la Iglesia dentro del horizonte más amplio de la *oikonomia* del Espíritu Santo: sea la «eclesiología de la Sobornost» debatida por Boulgakoff, Zernov o Florovsky⁴, o la «eclesiología eucarística» de Afanasieff⁵, o la «eclesiología de la Sobornost abierta» de Staniloae⁶, o la «eclesiología pneumatológica» de Nissiotis⁷, o la «eclesiología de comunión» de Clément⁸.

En particular, dos elementos vitales de eclesiología deben ser tomados plenamente en cuenta en cualquier discusión ecuménica que intente recoger el modo *ortodoxo* de entender la unidad:

4. Véase S. BOULGAKOFF, *L'Orthodoxie*, Paris 1932; N. ZERNOV, *Eastern Christendom*, Londres 1964; G. FLOROVSKY, *Sobornost: The Catholicity of the Church*, en *The Church of God*, editado por E. C. Mascal.

5. N. AFANASIEFF, *Una Sancta*, Irénikon 1963, n. 4.

6. D. STANILOAE, *The Holy Spirit and the Catholicity of the Church*, en *Orthodoxia* 19 (1967), n. 1.

7. N. NISSIOTIS, *Types and Problems of Ecumenical Dialogue*, en *The Ecumenical Review*, vol. XVIII, n. 1, 1966.

8. O. CLEMENT, *L'ecclésiologie orthodoxe comme ecclésiologie de communion*, en *Contacts* XX (1968), n. 61.

Primero, hay una trabazón orgánica entre la espiritualidad de la Iglesia y la experiencia de la salvación, o si se quiere, entre eclesiología y soteriología. Este no es el lugar de extenderse sobre el modo cómo la doctrina de la Iglesia implica una característica doctrina de salvación y *viceversa*; baste decir que cada entendimiento confesional específico de la Iglesia y de la espiritualidad lógica implica un entendimiento particular de la esencia de la salvación. La eclesiología es la expresión de la experiencia de la salvación, de la espiritualidad de la comunidad cristiana. Hay una Iglesia porque hay un acto salvador de un único Salvador, Jesucristo, y hay un solo Espíritu que nos une aquí y ahora con aquella salvación. En cualesquiera contextos distintos personales y sociales experimentamos esta salvación, salvación que es la misma, la única salvación porque el mismo Espíritu transmite la misma gracia. Los *ortodoxos* serán, por tanto, extremadamente reacios a admitir la legitimidad de diferentes «eclesiologías» —especialmente si sus patrocinadores dicen que encuentran sus orígenes en el Nuevo Testamento— ya que esto sólo puede implicar la aceptación de rupturas en la realidad una de la salvación en Jesús, el Cristo. Una eclesiología auténtica dará lugar indudablemente a diversidades a causa de las personas y situaciones en las que la salvación tiene lugar, pero serán modeladas primariamente por la realidad del único Espíritu que nos introduce en el misterio uno de Jesucristo. Recobrar la unidad de la Iglesia es recobrar la única y específica realidad del Espíritu a través de todos los modos diversos por los que los hombres aprehenden y expresan la salvación que Él transmite.

Segundo, la unidad es la expresión de la identidad de la Iglesia, dada ya con su mismo ser y así esencialmente indivisible. Hay un peligro real en el movimiento ecuménico de reducirse a buscar unidad en términos de aceptación mutua, reconocimiento y aún acuerdo entre dos o más grupos separados, más que buscar un crecimiento conjunto hacia la plenitud de la única identidad en Cristo. Ciertamente, el entendimiento y reconocimiento mutuos son bienvenidos, pero, después de la experiencia de las separaciones, no son suficientes para restaurar una verdadera unidad de la Iglesia una a nivel local y universal. La indivisible unidad del Cuerpo de Cristo, dada y conservada dentro de la historia humana, corre el peligro de convertirse en un concepto olvidado. Naturalmente debemos tomar con humor las divisiones y separaciones que a través de la historia nos hacen difícil ver la restauración de la unidad como algo que ha de hacerse desde nuestra

identidad en Cristo, y que nos condicionan a limitar el proceso ecuménico a ser un simple reconocimiento mutuo de partes separadas en la totalidad presente de Cristianos. Nosotros debemos aún continuar defendiendo no sólo una unidad de reciprocidad, sino una *unidad de continuidad*, dentro de la cual las Iglesias divididas en el presente puedan moverse hacia la plenitud de aquella unidad en Cristo que nos ha sido dada desde el principio. Esto no es materia de ningún juicio personal de superioridad, pero los *ortodoxos* —a quienes ha sido dado el preservar aquella continuidad— debemos mantener que por la división y separación otras Iglesias han perdido inevitablemente algo de gran importancia en la plenitud de la tradición apostólica, que es la base permanente de la Iglesia. Han abandonado algo de la sustancia real de la fe apostólica, que no puede significar otra cosa que una distorsión de su espiritualidad, de su salvación alcanzada y de su entendimiento de aquella comunión en la fe que es la Iglesia.

Dos cuestiones fundamentales.

Esta noción de la *unidad de continuidad* suscita al menos dos preguntas fundamentales para el debate ecuménico. Si consideramos la Iglesia como una comunión en la fe, ¿cuál es el sentido de la tradición para la búsqueda de la unidad visible? ¿Qué implica para la plenitud de nuestra propia catolicidad la existencia de Iglesias no ortodoxas?

Si la unidad de la Iglesia no se funda en el testimonio de los Apóstoles y si la Iglesia no vive de la Tradición apostólica, entonces su identidad está falseada radicalmente. La Tradición es el único modo por el que la Iglesia puede permanecer en Cristo, puede encontrar su permanente continuidad en El y con El. Y es el Espíritu Santo quien da vida a esta unidad de continuidad a través de la Tradición. Así pues, no es simplemente un tema de transmisión de una herencia, de preservar costumbres y apariencias externas, sino de una comunión viva de fe por el mismo Espíritu que actuó entre los primeros apóstoles. La Tradición es algo más que estructuras de continuidad institucional; es una realidad viva, el poder unificante por el cual el Espíritu Santo vivifica la existencia toda en la historia, pasada y presente, del Cuerpo de Cristo. Por lo tanto, no podemos sino reconocer la autoridad de fe de la Tradición Ortodoxa. No podemos esperar que avancemos a lo largo de un camino hacia la

unidad visible sin un pleno y común compromiso con la misma realidad de la Iglesia universal y una, tal como se da en la Tradición apostólica.

Como he mencionado, a veces es difícil para los *ortodoxos* reconocer como Iglesias a otros grupos de cristianos. Somos conscientes de que nuestra participación en la comunidad del Consejo Ecuménico Mundial está lejos de ser natural y fácil. Es una reputación desafiante, que implica una buena dosis de tensión, de lucha interior, de decisiones críticas. Pero, por otro lado, no podemos negar sin más la existencia de otras Iglesias fuera de la familia Ortodoxa. Así nuestro implícito reconocimiento, por ser miembros del Consejo Ecuménico de Iglesias, de una cierta realidad histórica y sacramental de Iglesias no ortodoxas no es por una finura de buena voluntad ecuménica, y menos aún por táctica. Es una parte esencial de nuestro compromiso teológico en el movimiento ecuménico.

Esta paradoja ecuménica (cf. la frase de Nissiotis «la contradictoria realidad de la Iglesia existiendo como Iglesias»⁹), necesita urgentemente cuidado y seria interpretación entre nosotros los ortodoxos. Mencionamos sólo unas pocas de sus implicaciones:

- no podemos esperar que desarrollemos hoy un sentido vivo de la Iglesia, que es una de las principales características espirituales de la Ortodoxia, sin *un sentido vivo de la oikoumene*, i. e., sin un sentido para todas aquellas dimensiones católicas de la vida cristiana que están presentes fuera de los límites canónicos de la Iglesia Ortodoxa;
- **debemos prepararnos a reconocer la considerable** responsabilidad que tiene la Iglesia Ortodoxa en las divisiones históricas del pasado del Cuerpo de Cristo;
- debemos descubrir la libertad propia de la Iglesia para adaptarse a las diferentes situaciones sociales y políticas hoy en día y también reconocer de ese modo de manera adecuada el lugar de la diversidad dentro de la unidad básica de la fe y vida cristiana.

9. De un encuentro a publicar este año en Study Encounter.

III. TRES CONCLUSIONES MAS PRACTICAS

1. Queramos o no, la situación en la que hemos de buscar una nueva visión de la *koinonia* de las Iglesias es de división y separación. Todo el problema de la reunión está dependiendo de una tensión entre unidad y división. Debemos hacer lo mejor que podamos por aceptar la tensión y continuar juntos por el camino hacia la unidad visible donde, finalmente, esta tensión será vencida.

2. La unidad de la Iglesia ha sido perdida. Nuestra tarea no es crear una nueva Iglesia sino restaurar la única Iglesia en su continuidad irrompible y en su plenitud sacramental. No es todavía el momento de definir la forma final que tendrá la única Iglesia una vez restaurada. Entre tanto, aún cuando cualquiera de nosotros puede, sin duda, imaginar toda suerte de nuevas formas de comunidad, es prematuro e idealista gastar nuestro tiempo pintando cuadros ideales de la Iglesia futura. Debemos esperar a que tengamos auténticas posibilidades de salir fuera de nuestro estado actual de separación.

3. El Consejo Ecuménico de las Iglesias, no lo olvidemos, fue creado en un momento crítico. En una atmósfera de falta de confianza en la historia humana, resultado de la Segunda Guerra Mundial, levantó la pregunta existencial: «¿cómo pueden las Iglesias salir de la división y aislamiento y entrar en una nueva relación mutua?». Desde entonces el Consejo han inspirado una gran cantidad de acciones y experiencias que han modelado en buena parte el movimiento ecuménico: conversaciones bilaterales, cooperación práctica, comunión de espíritus, reconciliación por encima de divisiones políticas, diálogos e investigaciones teológicas, negociaciones para la unión, etc. Hoy, no obstante, las Iglesias están sufriendo un proceso de secularización o desacralización que está golpeando fuertemente no menos la unidad de la Iglesia. Naturalmente esto es debido en parte a que las Iglesias han aceptado el desafío espiritual del mundo de hoy. El Consejo Ecuménico tiene por lo tanto una nueva tarea vital: ayudar a las Iglesias a salir de esta crisis espiritual. ¿Puede la Asamblea de Yakarta encontrar el coraje suficiente para dirigir un mensaje histórico a las Iglesias, llamándolas a confiar de nuevo en el Espíritu Santo, motor y recreador de la historia humana?

[Traducción: Miguel M.^a
GARIJO GUEMBE]

Prof. ION BRIA.

